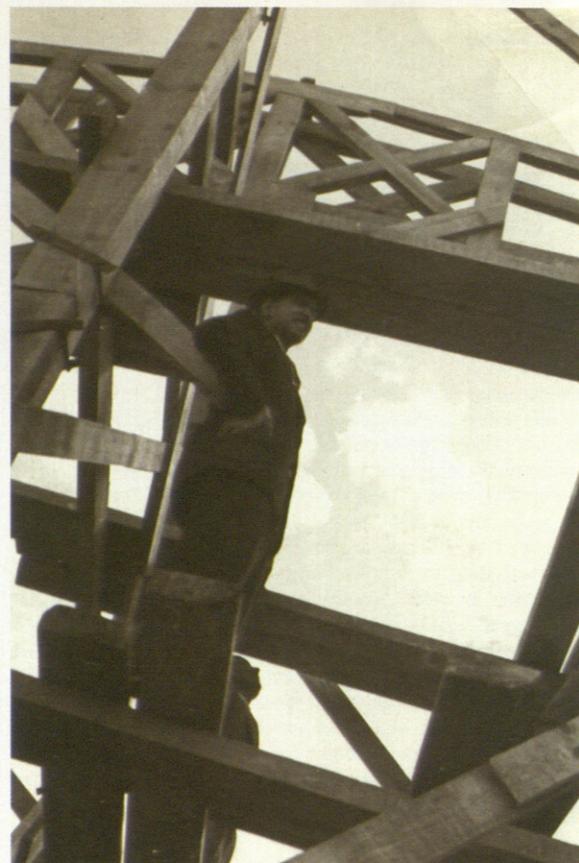


## miguel fisac: lo repetido, lo diferente

RICARDO SÁNCHEZ LAMPREAVE



Inexorable, el tiempo de la desaparición de los grandes maestros madrileños de la modernidad avanza sin detenimiento posible. Desde hace unos años, bien pocos por más que parezcan muchos, la generación que asumió la recuperación de la modernidad en la posguerra española viene diezmándose. Sota, Molezún, Oíza, Cabrero,... La misma grande y honrosa orfandad que pudieron sentir ellos ante la desaparición de aquellos que reconocieron como sus maestros, la sentimos nosotros, agudizada cuando se suma la de otro, la del siguiente. Ahora ha sido Miguel Fisac, uno de sus más singulares componentes, para muchos el que más.

En sus últimas apariciones públicas, como si de nuestro particular Francisco Ayala se tratara, se presentó disfrutando una envidiable longevidad que sólo cabía suponer, viéndole, como imperecedera. En la conferencia que dictó el 13 de diciembre de 2004 en el teatro Infanta Isabel -en el ciclo de conferencias "Los Lunes del teatro" que la Fundación COAM dedica a los maestros de la arquitectura (premios Pritzker,...), tuvieron que pasar cincuenta minutos, algo más de la mitad del tiempo que estuvo hablando ininterrumpidamente, antes de que dejara de acudir alguno de los nombres apelados por su asombrosa e infatigable memoria. Y aún en el último noviembre, hace sólo seis meses, durante los dos días que duró el Simposio que organizó el Colegio de Arquitectos de Ciudad Real en su honor, celebrando la adquisición de su archivo con intención de crear una fundación que lo gestione, permaneció en primera fila, agradeciendo y puntualizando las intervenciones de algunos de los estudiosos de su obra convocados por Francisco Arques: Luis Fernández-Galiano, Alberto Campo, José Manuel López-Peláez, Carlos Asensio-Wandosell, José María Fernández Isla...

Sólo durante el largo fin de semana que siguió en Madrid al viernes 12 de mayo, el día de su fallecimiento, pudimos ir cerciorándonos de que ya también faltaría Fisac. Los medios, todos, sin excepción, en toda España, fueron recogiendo incesantemente la noticia. El mismo viernes, entre otros más de radio y televisión, lo hizo Iñaki Gabilondo, por la noche, anunciando de paso, con un extracto, la programación de la entrevista de la serie "Epílogo" para el lunes siguiente en Canal +. El sábado, igualmente lo hicieron *El País*, en portada, en los breves de su sumario, anunciando la primera página de *Cultura*, el *ABC* en las foto-

grafías del suyo, en segunda, para remitir también a su primera de *Cultura* y *Espectáculos*, y *El Mundo* con un obituario a toda página en las de *Opinión*, además de la segunda de *Cultura*. El domingo y el lunes insistió *El País*, y también *El Mundo* el lunes. Luis Fernández-Galiano, Ricardo Aroca, Juan Miguel Hernández León, Arturo Franco, Enrique Domínguez Uceta, Rafael Fraguas, Francisco Umbral... fueron desgranando y fijando, con sus recuerdos y glosas, tanto los vértices de su poliédrica figura - "un hombre de cultura numerosa", de "fértil imaginación técnica", "radical e innovador", con un "espíritu inquisitivo, exigente y lúcido", "austero y luminoso", "referente de la elegancia"...- como la importancia y el alcance de su producción - "dibujó los rasgos de la modernidad sobre el rostro de la ciudad", su "habilidad como constructor manejó con maestría el hormigón", en una obra "extensa y original", "desinteresada por las modas y las tendencias"...

Lo cierto es que Fisac describió una trayectoria, él y sus circunstancias más bien, paladín del aserto orteguiano, muy diferente a la de todos sus compañeros de generación. En ninguno de los tres periodos con que frecuentemente se ha clasificado su obra, ligados y pautados por los cambios que fueron marcando primero sus avatares personales y después los de la sociedad civil española, como si de un perfecto ciclo vital se tratara, presenta similitudes con ellos. Ni en la extrovertida eficacia lingüística de sus respuestas a los primeros encargos oficiales, matizada en unos años por la influencia del empirismo escandinavo y la latencia de las raíces populares; ni en la concentración y profundización de sus experimentos estructurales, iniciado ya un imparable y progresivo despojamiento; ni, por último, aislado en una soledad imperturbable, en su ánimo por insuflar vida a lo inerte, trabajando con el hormigón para que dejara de ser sólo lo que hasta entonces era. Fueron los suyos, por tanto, empeños y circunstancias que le permitieron detentar una posición bien singular, sin semejanza posible.

Respetado por todos, avanzó infatigable sin que nadie pudiera adoptar su exigente disposición -*Mi estética es mi ética*, tituló uno de sus libros más conocidos- ni sus personales investigaciones permitieran tejer a su alrededor una escuela de discípulos, como sí ocurrió por ejemplo con Sota y en menor medida con Oíza.



Sólo ahora, muchos años después, demasiados, advertimos la profundidad y alcance del magisterio que ofrecía, adentrándose siempre unos pasos más allá de los límites previsibles. Porque además de poder reparar –ahora que con tanta necesidad nos preocupamos por la vivienda– en cómo él, igual que otros muchos más de los mejores arquitectos madrileños, encadenaba las suyas hace medio siglo preocupado por su coste, ambicionando la máxima racionalidad constructiva, podemos advertir también cómo lo hacía procurando ajustarlas a un paisaje defendido y explicado por las que hoy son algunas de nuestras herramientas (lo incierto, lo casual, lo improvisado,...) apelando sin más a otros órdenes: *"Es una ligereza, unido a un desconocimiento profundo de los trazados urbanísticos, pontificar diciendo que el trazado urbanístico del barrio del Zofío 'no responde a ningún criterio de composición racional en planta nada tendríamos que objetar porque así es en realidad'".* Y porque, asimismo, además de apreciar su ambición investigadora, midiéndola por ejemplo con sus sucesivas e ininterrumpidas patentes –ahora que desde la administración educativa y académica tanto se nos invita a investigar–, también podemos hacerlo reconociendo cuánto de lo que admiramos en el denodado esfuerzo de la contemporaneidad por trabajar materiales e inventar materias, ya estaba iniciado por Fisac. No hay más que empezar a repasar las obras de su última etapa, la menos estimada, las oficinas de la Caja del Mediterráneo en San Juan o el centro de las Hermanas Hospitalarias en Ciempozuelos, para descubrir con qué evidencia preceden y adelantan propuestas tan admiradas como la de los suizos Herzog & De Meuron.

Si sus repetidos *"¿para qué?, ¿dónde?, ¿cómo?"* le sirvieron tantas veces para explicar y razonar su arquitectura desde la técnica, desde el compás, su coetilla final *"... y un no sé qué"* también le permitió invocar, como a pocos, lo que a la rosa se debe, lo que de creativo y artístico tuvo su trabajo. Lo repetido y lo diferente, como si de un brancusiano arquitecto se tratara, tan dotado de talento plástico como de inventiva mecánica, simultaneando pájaros en el espacio con columnas sin fin, jorbas y curvas con IBMs y huesos, han latido durante muchos años en el Cerro del Aire, desplegando toda variedad de suertes. Así, Fisac recorrió con su obra y sus escritos la larga distancia que media

entre lo que supone la continua reflexión sobre la ciudad y las imperfectas líneas, por ejemplo, que apenas surcan una alfombra. Desaparecen nuestros maestros, pues, sin que pueda ser de otra manera. Desaparecen ellos pero no lo hacen sus obras. La arquitectura establece para nosotros, para los arquitectos, un tiempo distinto, más plano y dilatado, menos efímero y vertiginoso –también para las ciudades y sus habitantes–, un tiempo por el que discurren, eternos a veces, asociados a sus obras, a sus historias. De ellas aprendemos y por ellas les reconocemos: mientras existan el gimnasio del Maravillas, o Torres Blancas, o el Centro de Estudios Hidrográficos, sus arquitectos permanecerán obstinadamente presentes, con la perseverancia que les distinguió.

Otro poeta, José Antonio Muñoz Rojas, casi centenario también, decía bien en "El corazón y el campo": *"Todo va quedando. Lo mismo que la hoja caduca sobre el sembrado añadirá lozania al tallo, lustre a la hoja, cargazón a la espiga. El sol de esta tarde está creando dentro y fuera, en alma y tierra, calor, sin que nunca acabe enteramente de morir. ¿Qué muere? Todo esto sigue. Y el sonar del campo, del río, entre estas riberas de cielo hermosísimas, deja un largo eco, una llamada eterna a la belleza"*. Sabiendo que todo queda, que nada acaba nunca de morir, podemos seguir disfrutando, ahora más que nunca, de todo lo que Miguel Fisac ha dejado hecho, para protegerlo y cuidarlo, evitando que se repitan otra vez las desgraciadamente consuetudinarias modificaciones y demoliciones. Le toca a la incipiente Fundación Miguel Fisac responsabilizarse de su legado y su memoria para defenderlos y difundirlos, avivando, sin más, lo que será su inextinguible recuerdo.

MIGUEL FISAC EN LOS ANDAMIOS DE LA CAPILLA DEL ESPÍRITU SANTO EN MADRID. EN ESTA PÁGINA, DE IZQUIERDA A DERECHA Y DE ARRIBA A ABAJO, FISAC REPLANTEANDO LA ERMITA DE EL VENTORILLO EN GUADARRAMA, PONIENDO LA PRIMERA PIEDRA DEL COLEGIO DE LOS DOMINICOS EN VALLADOLID, SUPERVISANDO EL PROCESO DE FABRICACIÓN DE ALGUNO DE SUS HUESOS, VIGILANDO EL AISLAMIENTO DE UNA CUBIERTA DEL INSTITUTO DE ÓPTICA DE MADRID, RODEANDO LA RESIDENCIA DEL C.S.I.C. EN SANTIAGO DE COMPOSTELA, Y CONTEMPLANDO, FINALIZADA, LA PISCINA DE LOS HERMANOS LARRAGUETA EN ORTIGOSA DEL MONTE.

Fotografías cedidas por la Fundación Miguel Fisac